LA

GITANA DE MULEY-ASEN

DRAMA

EN 4 ACTOS Y EN VERSO



BARCELONA

ARCHIVO CENTRAL LIRICO-DRAMATICO

DE RAFAEL RIBAS,

Calle de la Union, número 5,-3.°

1872

LA
GITANA DE MULEY-ASEN

DRAMA

EN 4 ACTOS Y EN VERSO

DE

DON SEGISMUNDO CERVI Y CAMPASOL.

Representada con extraordinario aplauso por la compañía del teatro del Circo Barcelonés, la noche del jueves 9 de febrero de 1871.

BARCELONA.
IMPRENTA DE SALVADOR MANERO,
RONDA DEL NORTE, 128.

1872.

A LA MEMORIA

de la mejor de todas las madres,

EL MAS INGRATO DE TODOS SUS HIJOS.

DOS PALABRAS.

Al imprimir esta obra cumple á mi deber consignar que en ella hay unos cien versos proximamente debidos á mis íntimos amigos don Ramiro Martinez Aparicio y don José Avila.

Notá.—Todas las empresas y particulares que deseen adquirir las obras catalanas publicadas hasta hoy, ya líricas ya dramáticas, pueden dirigirse á Rafael Rivas, calle de la Union, 5, piso 3.°, el que se las facilitará con una rebaja de 15 por 100 en los precios de tarifa.

PERSONAJES.

AURORA, la jitana. . .	Doña Fanni Amigó.
DOÑA MERCEDES. . . .	» Fina Segarra.
ELVIRA.	» F. Vigorria.
Una ventera.	» Luisa Valero de Amigó.
Una mujer.	» Josefa Valero.
EL REY CARLOS I. . . .	D. Segismundo Cerví.
DON FERNANDO.	» Tomás Garcia.
DON ALONSO.	» Marti.
DON IÑIGO.	» Llibre.
DON FÉLIX.	» Jané.
MENDO.	» Manrresa.
RUGIERO.	» Nieto.
TELLO.	» Colome.
Un alcalde.	» M. Perez.
Un ugier.	» J. Robles.
Un soldado.	» L. Torres.
Un juez.	» J. Rubio.
Un mensajero.	» M. Lopez.

Soldados, jueces, pages, hombres y mujeres del pueblo. Damas y Caballeros.

La accion se supone al principio del reinado de Carlos I de España 1560 Los actos 1.° 3.° y 4.° en Granada, el 2.° en una venta, situada en el antiguo camino que conducia de Granada á Málaga.

A los primeros actores y directores. Cuando no haya suficiente personal para el reparto de la obra, tengan en cuenta que pueden doblar del modo que sigue.

Mendo. / Ugier.	Rugiero. / Mensajero.	Alcalde. / Juez.
Soldado 1.° / Bandido 1.°		Criado. / Hombre del pueblo.

ACTO PRIMERO.

Gran sala de paso en el palacio de don Alonso, al fondo gran balcon. Puertas á derecha é izquierda, en este lado, mesa con gran tapete un candelabro con luz.—Es de noche.

NOTA. (Derecha é izquierda la del actor.)

ESCENA PRIMERA.

MENDO, *varios* CRIADOS *de la casa.*

MENDO. Pues que mañana entra el rey
en esta alegre ciudad
y nuestro dueño y señor
le debe cumplimentar,
para que ocupe la casa
de los Laras, sin rival
en nobleza, el digno puesto
que reservado le está
al frente de los criados
que hoy á su servicio están,
en la regia comitiva
que al rey escoltando irá;
por la mañana muchachos
vuestras arcas registrad
sacando de entre sus tablas
los lienzos, blason que allá
reservan vuestras mujeres
para que en el festival
del Corpus, luzcais con gracia
valonas, puños y mas,
el resto del vestuario
el Señor os lo dará.

UNO. Con que el señor nos prepara
lindos trajes? Viva!

MENDO. Ya
le victoreareis mañana.
Id ahora á descansar
porque madrugar es fuerza.
TODOS. Hasta mañana.
MENDO. Id en paz.
(Al retirarse Mendo detrás de los criados puerta derecha, sale don Alonso por la izquerda y le detiene con la frase.)

ESCENA II.

MENDO, DON ALONSO.

ALONSO. Mendo!
MENDO. Señor!
ALONSO. Un instante
espera, que hablarte quiero
de asuntos que á mi honra tocan
y que hoy aclarar pretendo.
Tú que sirviendo en mi casa
desde tus años mas tiernos,
fuiste fiel depositario
de mis mayores secretos,
debes saber cuanto pasa
entre estas paredes; Mendo,
la obligacion del criado
es enterar á su dueño
de todo cuanto en su ausencia
ocurre en la casa.
MEND. Pero...
ALON. Tú no cumples tus deberes;
tú me ocultas indiscreto
que en mi morada entra un hombre
todas las noches.
MEND. (Dios bueno.) *(Ap.)*
ALON. ¿Quién es? Responde.
MEND. Lo ignoro.
ALON. ¡Insensato!
MEND. Nunca miento.
ALON. No mientes? *(Amenazador.)*
Cierra esa puerta. *(La de la derecha.)*
Ahora en aqueste aposento
hasta que toquen las ánimas
solos los dos estaremos.
Tu inmóvil, junto al balcon
y yo dispuesto el acero;
y cuando el postrer sonido
del reló, nos traiga el viento,
del que asalta mis balcones,

por la vida, ruega al cielo.
¡Mata la luz!

MEND. (*Suplicante.*) ¡Don Alonso!

ALON. ¡Hoy se cumplen mis deseos!
Si el que entra por el balcon
es un ladron, cuerdo pienso
en evitar que comprenda
le dá muerte un caballero.
Al que honras viene á robar,
se le espera en sombra envuelto,
se le hiere por la espalda
rompiendo luego el acero
para que no quede nunca
de tal accion ni un recuerdo.
(*Imperativo á Mendo.*)
Mata la luz. ¡Obedece!

MEND. Señor, por piedad teneos,
que nadie atenta á vuestra honra;
os lo juro por el cielo.

ALON. ¿Luego sabes?...

MEND. Lo sé todo.

ALON. Fueron ciertos mis recelos. (*Pausa.*)

MEND. De vuestros padres fuí paje
y he crecido al lado vuestro:
por vos daria mi vida
pues mas que á un hermano os quiero.
Como criado antiguo, sé
de esta casa los secretos:
nunca nada me ocultásteis,
de agradecido me precio,
y en pago á vuestras mercedes
sagaz por vuestra honra velo:
si se intentara mancharla
ya no existiria Mendo,
que el que atente á vuestro honor
ha de matarme primero.

ALON. Adelante.

MEND. Ya prosigo,
calmaos y estadme atento. (*Pausa.*)
No ignorais que don Fernando,
que pasa por hijo vuestro,
ha un año no está en Granada,
ni habita bajo este techo.
Su madre, que es vuestra esposa,
entre pesares acerbos,
pasa la vida del mártir;
vive, sí; pero muriendo.
En vano por su hijo amado
os rogó; fué vano el ruego,
le cerrasteis vuestras puertas

y seguís firme y resuelto
en que por ellas no pase
el que causó vuestro duelo. (*Pausa.*)
Una noche, de esas lóbregas
que aborto son del infierno,
despues del fuerte estampido
producido por mil truenos,
vino la luz de un relámpago
á iluminar con su fuego
á un hombre, que junto al muro
de esta casa, espera inquieto.
Fijo me quedé mirándole
y con el oido atento;
á poco, se abrió un balcon
y á mis piés cayó un pañuelo.
Los dos con lucha callada
de él queríamos ser dueños,
iba á partirse, y el hombre,
me dijo, dámelo entero
que el tesoro que mas amo
viene en sus pliegues envuelto.
¿Serán joyas?—No, son lágrimas
de mi madre que amo ciego.
Entonces cesó la lluvia,
cesó el mugido del viento,
entreabriéronse las nubes,
brilló la luna en el cielo,
y sus rayos, para ver
á Fernando luz me dieron.
Desde esa noche, que venga
de buen grado le consiento...
Le quiero con toda el alma.
Como queremos los viejos.

ALON. ¿Y viene?...

MEND. Todas las noches.

ALON. ¿Le protejes?

MEND. Le protejo;
que aunque entre aquí don Fernando.
no mancha vuestro honor.

ALON. Mendo.
Fernando ni un solo instante
debe pisar este suelo.
El entre bandidos vive,
y en mi casa no consiento
que se albergue un criminal
que la ley persigue...

MEND. Pero...

ALON. Un edicto le sentencia
y yo permitir no puedo
que traspase mis umbrales.

MEND. Doña Mercedes.
(*Viéndola por la puerta izquierda.*)
ALON. Silencio.

ESCENA III.

DICHOS. DOÑA MERCEDES, *puerta izquierda.*

MERC. (Don Alonso aquí, Dios mio!
Las ánimas van á dar
y si viene mi Fernando
pronto aquí se encontrarán.)
ALON. Llegais á tiempo, señora,
pues os tenia que hablar.
Hace tiempo que ocultais
de esposo, á mi autoridad,
que recibis por las noches
en mi casa á un criminal;
que no entra por las puertas
porque cerradas están;
entra por ese balcon
que vos le abrís, sin pensar
que con tal accion la honra
de mi apellido empañais.
MERC. Yo manchar el claro nombre
que limpio supe guardar?
El que viene aquí es mi hijo,
aquel que vuestra impiedad
lanzó un dia de esta casa
dejándolo en horfandad.
Si de mi acento dudais
en esta sala esperad
y pronto os convencereis
pues poco debe tardar.
ALON. Dentro de poco la ronda
por la plaza ha de cruzar,
diciéndole que un ladron
que entra en mi casa á robar
bajará por el balcon,
la ronda me vengará.
VOZ. (*En la calle.*) ¡Alto á la ronda! ¿Quién pasa?
OTRA VOZ. Un noble de esta ciudad,
siervo humilde del rey Carlos.
VOZ. Siga la ronda. Pasad.
ALON. (*A Mendo.*) Baja á la plaza al momento
y á ese alcalde le dirás
que me espere, pues me importa
á un ladron aprisionar. (*Vase Mendo.*)
MERC. Señor, por piedad que haceis!
ALON. Ya no puedo sufrir mas

en aquesta situacion:
vuestro hijo morirá
si á veros viene esta noche.
Al marqués de Castellar
sin testigos le dió muerte.

MERC. Lucharon de igual á igual.

ALONSO. La justicia le sentencia.

MENDO. (*Saliendo.*) El alcalde espera ya.

MERC. Tened, don Alonso.

ALONSO. Basta.

MERC. ¡No veis mi llanto!

ALONSO. (*Rechazándola con dureza.*) Apartad.
(*Váse por la puerta derecha.*)

ESCENA IV.

DOÑA MERCEDES, MENDO.

(*Mercedes dominada por el dolor se deja caer en el sillon que hay junto á la mesa. Mendo acercándose.*)

MENDO. Señora, volved en vos
y dad tregua al sufrimiento.

MERC. ¡Cómo acallar mi dolor
cuando está Fernando en riesgo,
y yo su madre infeliz
libertarle de él no puedo.
¡Don Alonso! ¡Hiena impía!
Ese infeliz ¿qué te ha hecho
para que viertas en él
de tu alma todo el veneno?

MENDO. Cuando os llevó don Alonso
ante el altar de himeneo,
hubiera dado su diestra
por ser de la vuestra dueño.
Juzgad vos misma su amor:
él, de vuestro labio mesmo
oyó con harto dolor
que sus raices tendiendo
otro amor en vuestro ser,
con vuestra sangre alimento
dabais á un cuerpo sin alma
que aspiraba vuestro aliento,
esperando que le diera
vida propia el ser supremo.

MERC. Recuerdo triste. Mi padre
que de gravedad enfermo
estaba, con triste llanto
me ordenó este casamiento.
Yo temia rechazar

del anciano los preceptos
revelándole el arcano
que yo guardaba en mi pecho;
porque la muerte veia
vagar en torno al enfermo.
El, que se opuso inflexible
á mis amores primeros
con Iñigo Lopez de Haro,
sin duda me hubiera muerto
al saber su deshonor;
y yo entonces tuve miedo,
no por mi vida sembrada
de horribles padecimientos,
mas sí por el hijo amado
que alimentaba en mi seno.
En tal estado, llamé
á don Alonso, sincero
relato de mis congojas
le hizo mi labio.—No quiero,
me contestó, que sufrais,
yo á vuestro hijo protejo,
y dándole mi apellido,
que es tan noble como el vuestro,
de padre le serviré;
y si ofendo á mis abuelos,
disculpa en su tribunal
hallará el amor que os tengo.

MENDO. Que tal fuera su intencion
está claro, y lo comprendo;
pero pasaron los años
y con ellos se huyó el fuego
de la ardiente juventud:
el amor cedió su puesto
á la fria reflexion
que presentó el esqueleto
de la infamia que aceptara
al hacerse vuestro dueño.
Del cariño que á Fernando
mostraba el amor materno,
perdida ya la razon,
sintió don Alonso celos;
celos que engendraron odio,
el cual desgarra su pecho.
(*Movimiento de Mercedes.*)
Mas, perdonadme, señora,
velar por vuestro hijo debo
á quien hoy tiende sus redes
la ronda. Si viene, ileso
le permitirán subir,
pero al bajar, le harán fuego,

y es mi deber procurar
que se salve de este riesgo.
MERC. Marcha, Mendo, y que tus planes
hoy proteja el Ser Supremo.

ESCENA V.

MERCEDES.

Virgen cariñosa,
Madre del Señor
que dá fuerza al viento,
aroma á la flor,
corriente á las aguas,
al árbol verdor,
por el que sufristeis
al ver su pasion
en tu alma purísima
agudo dolor.
Protege la vida
de aquel que nació,
¡oh ser desgraciado,
protege á mi amor!

ESCENA VI.

MERCEDES, FERNANDO.

(Al sexto verso de la escena anterior se oyen las ocho en un reloj de torre, despues suenan tres palmadas; al subir doña Mercedes al balcon sale Fernando por él.)

FERN. *(Saliendo.)* ¡Madre, madre! Del alma sol hermoso!
MERC. ¡Fernando, huye por Dios!
FERN. Dejad que os vea,
que os contemple un momento, un solo instante,
aunque luego de angustia el alma muera.
No me priveis de ver en vuestros ojos
puros rayos de amor que hasta mí llegan,
y digan vuestros labios tiernas frases
que disipen la noche de mi pena.
Condenado á vivir ausente, lejos
de la madre infeliz que el ser me diera
es mi vida tan solo una agonía
que trocar por la muerte prefiriera.
¿Por qué pedís que marche, madre mia?
MERC. Hoy el peligro por do quier te cerca.
La muerte en derredor de tí se agita
y tal vez á mi lado te sorprenda.
Huye por Dios, Fernando; hijo querido

tu madre que te adora, te lo ruega.
FERN. La mano protectora que en el cielo
desparrama á su antojo las estrellas,
en salvo me pondrá; ya que los hombres
vengativos é injustos me sentencian,
el monte de sus iras me defiende,
en sus grutas me ofrece ancha vivienda
y para ser mas pródigo conmigo
de muralla me sirven sus malezas.
MERC. Tú en el monte viviste solitario
desque huístes de aquí, sin quien te ofrezca
un consuelo en las horas que perdido
pasas oculto entre la oscura selva.
FERN. No tan solo; escuchad, madre querida.
La misma noche que con planta incierta
de esta casa salí, á los mandatos
de mi padre y señor, dando obediencia,
al par que por huir de la justicia
que juzgarme le plugo sin conciencia,
me dirigí á las puertas de Granada
por salir de los muros que la cercan;
allí una vez, sentí que vacilaba
mi espiritu, mi brío y mi cabeza
y ciego por la angustia que me ahogaba
sin poderlo evitar caí en la tierra.
MERC. ¡Hijo desventurado!
FERN. Aquel momento,
mi momento final pensé que fuera;
pero el cielo que quiere mis tormentos,
una mano buscó que allí me hiciera
á la vida volver. Mendo prestóme
su apoyo; que hasta allí siguiera
mis pasos, Dios dispuso, y reverente
llevóme mi caballo. A la carrera
sin direccion partí sobre el fogoso,
clavando allí en su hijar la dura espuela.
Así crucé el trayecto que separa
los muros de Granada de la Sierra;
ya en ella, cedió el cuerpo á la fatiga,
y me entregué al descanso en una cueva.
Las horas de dos dias transcurrieron
silenciosas, tranquilas, placenteras.
Al entrar una tarde en mi guarida
luchando sin cesar con mil ideas,
una mujer hallé, tierna amapola
que huyendo allí llegó de luengas tierras
tan pura, tan hermosa, tan brillante
como el sol en mitad de su carrera.
Viste el rosado crespon
conque se adorna la aurora

saliendo á la creacion,
cuando de azul se colora
el celeste pabellon?
¿No oíste el grato murmullo
de la fuente en la espesura,
ni viste al tierno capullo
adquirir forma y frescura
de las auras al arrullo?
¿Viste del tranquilo mar
sobre el cristal puro y terso
las estrellas rielar,
y en su fondo refractar
la imágen del universo;
y al romperse la neblina
que encubre los horizontes,
brillar la luz blanquecina
de la luna diamantina
en las crestas de los montes?
Pues ni el sol que el cielo dora,
ni las tintas de la aurora,
ni la fuente regalada,
ni la luna nacarada
ni el aura murmuradora,
ni las ondas de la mar
ni el aroma embriagador
que va el céfiro á livar
en el caliz de la flor,
se pudieran comparar
con la hermosura sin par
de su rostro encantador.

MERC. ¿Y en brazos de ese amor consuelo encuentras?

FERN. Amor puro que el cielo favorece
para que el que os dedico se engrandezca.
Para guardar todo el amor que os tengo
la cavidad del pecho es ya pequeña
y temiendo perderlo, codicioso
otro pecho busqué donde estuviera,
yo solo quiero porque seais querida
y ha de amaros á vos la que yo quiera.
Vuestra memoria recordamos juntos;
cuando mi fe decrece ella me alienta;
fuerzas me da para arrostrar mi suerte
y me infunde valor en la pelea.

MERC. ¿Tú luchas? ¿Contra quién? Habla, Fernando.

FERN. Mi nombre solo á la comarca aterra,
soy el hombre que impera en la montaña,
soy el noble que asusta á la nobleza.

MERC. No ceses, por piedad, ¿eres soldado?
Una duda terrible me atormenta.
¿Eres tú ese bandido que en los bosques

á los hombres declara cruda guerra
que por do marcha, el crímen le acompaña
y en su frente el oprobio impreso lleva?

FERN. Yo soy ese bandido cuyo nombre
de miedo al noble y al humilde llena
mas no penseis que hay crímenes odiosos
de mi vida cruzados en la senda.
Yo á todo el desgraciado doy consuelo
y gozo al endulzar su aguda pena,
y ¡ay! de aquellos que están bajo mi mando
si alguna accion odiosa cometieran.
Bandidos los hallé cuando fuí al monte
y hoy viven del cultivo de la tierra.
Estos mis hechos son, si son infames
que fulmine tu labio mi sentencia,
si merecen perdon, que este infelice
bendito por su madre aquí se vea.
(*Cae de rodillas á los piés de Mercedes.*)

ESCENA VII.

DICHOS DON ALONSO, *por la derecha.*

MERC. Permita el Dios del cielo
que así como mi diestra
te bendice, hijo mio,
tambien él te proteja.

ALON. Es tarde.

MERC. ¡Oh Dios, Alonso!

ALON. Yo soy.

FERN. ¡Suerte fiera!

ALON. Por fin llegó el momento
en que cumplido vea
el ardiente deseo
conque mi mente sueña.

MERC. ¡Huye, Fernando!

ALON. Tente,
de mi casa las puertas
al que manchó mi escudo
el paso no franquean;
que cual ladron se ausente
quien como tal penetra
asaltando balcones
con torpe ligereza,
á cuyo pié le aguarda
la ronda.

FERN. ¡Oh! ¡vil sorpresa!
Acaso pretendeis
que cual ladron me prendan!

ALON. Por villas y lugares

pregonan tu cabeza
y yo noble y honrado
te entrego.

FERN. ¡Baja idea!
sacad la espada, verdugo
de mi honor, á la defensa
de vuestra vida acudid.

ALON. Juzgas que cruzar yo pueda
mi espada con un bandido
que nombre prestado lleva?

FERN. ¡Y por desgracia sois vos
el hombre que me lo presta!
Pues yo os le arrojo á la cara
que el llevarlo me avergüenza.
Sacad la espada.

MERC. ¡Fernando!
por tu madre ten la lengua.
¡Ten piedad de mi desdicha!

FERN. Vos pedís!... ¡Fortuna adversa! (*Dominándose.*)
Os ha salvado, señor
de mi madre la presencia,
mas no volvais á insultarme
donde á mi madre no vea!
(*Intenta dirigirse á la puerta.*)

ALON. Por allí. (*Cerrando el paso y señalando el balcon.*)

FERN. No temo nada. (*Dirigiéndose al balcon.*)

MERC. ¡Alonso, piedad, clemencia!

FERN. Me creeria deshonrado
al salir por esa puerta.
Madre mia, orad por mí
pidiendo á Dios que no muera.

MERC. ¡Hijo mio de mi alma!

FERN. Adios.

MERC. Mi vida te llevas. (*Vase Fernando por el balcon.*)

ALON. ¡Al fin mis deseos cumplo!

MERC. ¡Va á morir!
(*Se oye una descarga de mosquetes.*)
¡Maldito seas! (*A don Alonso, cayendo desmayada. Telon rápido.*)

ACTO SEGUNDO.

Interior de una venta de muy pobre apariencia. Una mesa de pino sin labrar á la izquierda, varias banquetas bastas, un sillon de la forma de los de baqueta, pero todo de madera, y en el respaldo inscripciones geroglíficas. Gran chimenea de campana en el último término de la derecha, fogon y delante de él dos grandes bancos de respaldo. Pequeña puerta en el fondo, á sus lados y sobre ella ventanas practicables. Una puertas á la derecha y otra en primer término á la izquierda. Por la puerta y las ventanas del fondo á su tiempo se verán las llamas de la campiña incendiada, en la parte de la izquierda, y entre la mesa y el bastidor se abre á su tiempo una trampa por la que desaparecen Fernando y Aurora.

ESCENA PRIMERA.

RUGIERO, *la* VENTERA *y* BANDIDOS *con el traje comun de los jornaleros de la época, que están unos cerca de la lumbre, otros bebiendo en distintos grupos, y algunos tendidos. Rugiero sentado en el rincon estremo de la derecha del proscenio.*

VENT: Vamos muchachos arriba
que es hora de trabajar,
no digan despues las gentes
que no ganais el jornal.

RUG. Jornal, jornal, ¡voto á crispo!
no hay quien sufra tanto ya.
Muchachos, si estais dispuestos
á secundar hoy mi plan,
no hagais caso del arado
ni de la azada; que está
bullendo aquí en mi cabeza
una idea, por la cual
sin sudarlo tanto y tanto
hemos de comer buen pan.

BAN. 1. Tu fuiste nuestro teniente,
manda, dispon, y será
acatado cuanto digas.
RUG. Pues al recodo marchad
que hace el camino, muchachos,
que allí iré yo.
BAN. 1. Sin tardar.
¡Que viva el teniente!
TODOS. ¡Viva!
RUG. (Pronto seré capitan.) (*Aparte.*)

ESCENA II.

VENTERA, RUGIERO.

VENT. Siempre ese humor renegrido.
RUG. ¿Si quieres que esté contento?
VENT. Razon tienes para estarlo.
RUG. Pues mira, yo no la veo.
VENT. Tienes corazon y brazo,
eres valiente, aunque viejo,
y todos tus camaradas
te tienen por el primero.
El capitan te distingue
y te mantiene en tu puesto
aunque ya no sois ladrones
y si honrados jornaleros.
Si de esta vida te quejas
es de vicio.
RUG. Pues me quejo.
Yo pertenezco á la banda
desde que era mozolejo,
mi gloria ha sido el pillaje,
la muerte, el robo, el saqueo:
desde que manda Fernando
ha concluido todo esto,
y ahora somos ermitaños
ó frailes, no bandoleros.
Tanto estira de la cuerda,
que se vá á romper muy presto...
y acaso suceda hoy mismo.
VENT. ¿Hoy mismo?
RUG. Sí: no consiento
se nos escape hoy un golpe,
que será golpe soberbio.
Nuestro capitan se opone,
y nosotros no queremos
perder esta coyuntura.
Si él se interpone altanero
como otras veces, ahora

no hemos de tenerle miedo,
que mi daga tiene punta
y sabe dar golpes ciertos.

VENT. Mal le pagas su cariño.

RUG. Cariño, viven los cielos
le servimos de mampara
á sus estraños proyectos.
Fernando no es lo que dicen,
es ilustre su abolengo,
y por eso temerario
siempre impide que robemos.
Esta es la verdad, y un dia
si no lo mato, lo entrego.

VENT. Vamos, cuenta lo que sabes.

RUG. Escucha bien, que no es cuento.
Fernando no tiene padre;
su cuna es noble, él plebeyo.
Su madre que tuvo amores
con un señor de estos reinos,
y vió truncado su amor
por cuestiones de dinero,
casó despues de aquel lance,
aunque contra su deseo,
con un don Alonso, noble
cordobés de los primeros,
dando así nombre á un muchacho
como á manera de préstamo.
Nació el chico, y se crió
como es hoy, gentil y apuesto.
Vió á doña Inés Castellares
y el amor rindió su pecho.
Un dia, supo el hermano
aquel amor, que en secreto
ocultaban los amantes,
y á estocadas se entendieron.
Pronto terminó la lucha
que sin testigos creyeron;
pero un labrador los vió,
dió parte, y al sitio fueron
donde hallaron al marqués
cadáver y en sangre envuelto.
Sentenciaron á Fernando
á morir, pero él huyendo
vino á esconderse á la selva,
los nuestros le sorprendieron,
y cuando Mauricio el rojo,
el capitan de los nuestros,
quiso limpiarle el bolsillo,
lo despachó á los infiernos.
El nos habló como bravo,

por capitan lo eligieron
despojándome del mando
que me toca por derecho,
pues debe mandar la gente
no un muchacho, si no un viejo...

VENT. Inútil es ya tu afan.

RUG. Todo dispuesto lo tengo.
El se vá todas las noches
á ver á su madre, pero
yo voy siguiendo sus pasos
sin que lo note, de lejos.
Anoche, por un milagro,
no se dejó allí el pellejo.
Al bajar por un balcon,
tiró la capa primero,
la noche estaba algo oscura,
y á la capa hicieron fuego,
en tanto que él se marchaba
sin un rasguño en el cuerpo.
Es regular que de hoy mas
para evitarse mas riesgos
se den la cita en la plaza,
y allí una noche lo entrego.

VENT. Calla, viene la gitana.

RUG. Pues le dejo libre el puesto.
Cuidadito con el pico...

VENT. Yo sé callar como un muerto.

(*Se vá la ventera por el foro derecha, y Rugiero por el foro izquierda.*)

ESCENA III.

AURORA. *Puerta izquierda.*

Ya los rayos de ese sol
que la mies dora en el campo
bañan las altas colinas
por donde desciende al prado,
y Fernando no aparece,
no aparece mi Fernando.
¿Porqué se agita mi pecho?
¿porqué se desliza el llanto
por mis mejillas? ¿porqué?
Yo alegre viví pasando
mi vida en cuidar las flores
bajo la sombra de un árbol,
sin pensar en el mañana,
y hoy no puedo hallar descanso
si no escucho sus caricias
mezcladas con sus halagos.

Yo pobre y silvestre flor,
criada en estos collados
no llegué á entender de amores,
y cuando oí de sus labios
la primer frase, mi pecho
se hizo de amores avaro.
¡Oh! para qué, Dios bendito,
en esta gitana el dardo
clavastes de una pasion
si hemos de ser desgraciados;
él porque sabe quererme
y yo porque sé adorarlo.

ESCENA IV.

AURORA, FERNANDO. *Foro derecha.*

AUR. Fernando, al fin te veo.
FERN. Yo soy, Aurora mia.
Luz que alumbras los montes
que protejen mi vida,
y tierna y cariñosa
apartas las espinas
de la senda azarosa
que el pregonado pisa.
Ya á tu lado me tienes
radiante de alegría,
mirándome en el claro
cristal de tus pupilas,
cual se mira en la fuente
la alondra peregrina
dando trinos al viento
al despuntar el dia.
AUR. Fernando, bien amado,
ya huyeron las desdichas
que por tu larga ausencia
el pecho me oprimian.
Cuando estás á mi lado
no temo por tu vida.
primero que cortarla
me arrancarán la mía;
sin tí no quiere nada
la pobre jitanilla.
Cuando tiende la noche
su manto de agonía,
y montas á caballo,
y cruzas las colinas
y te pierden mis ojos
que con afan te miran
siento abrasado llanto

correr por mis megillas,
que brota de mi pecho
para anunciar fatigas.
Fernando, bien amado,
no aumentes mi agonía,
no vuelvas á marcharte,
lo pido de rodillas,

FERN. Mi madre está en Granada,
y llora desvalida
del hijo que idolatra
la dura suerte impía.
Cuando tiende la noche
su lóbrega cortina,
de mi potro el escape
mi diestra mano guia
á las ferradas puertas
de la ciudad morisca.

AUR. ¿Y penetras en ella?

FERN. Pues quien se detendria,
sabiendo que allí espera
una madre afligida!

AUR. Si á descubrirte llegan!...

FERN. Anoche la justicia
guiada por... un hombre,
quiso impedir mi huida
mas libertarme pudo
mi estrella peregrina,
y aqui estoy á tu lado,
mi Aurora, mi delicia.

AUR. ¡Fernando!

FERN. Ahora es preciso
buscar otra guarida.
El nuevo Rey don Carlos,
en seguimiento envia
de mis gentes, soldados
que rindan la partida.
Marchemos á otras tierras,
donde vivas tranquila.

AUR. Yo guardo un pergamino,
tesoro de valía,
que puesto en régias manos
puede salvar tu vida;
por tí lo doy gustosa.

FERN. Bien hayas, gitanilla,

AUR. Mi hermoso caballero.

FERN. ¡Mi rosa alejandrina!

AUR. Cuando te vén mis ojos
entre mis brazos,
mas feliz me contemplo
que el que en palacios

pasa la vida
entre ricos tapices
de pedrería.

FERN. Yo aspiro tus amores
cual de las rosas
las dulces mieles liva
la mariposa,
como el sediento
las claras aguas bebe
del arroyuelo.
Places mas á mi alma
con tu inocencia
que las damas altivas
de estirpe regia.
No hay joyería
que pueda compararse
con tu sonrisa.

ESCENA V.

DICHOS *la* VENTERA.

VENT. Un capitan á la puerta
acaba de llegar.

AUR. Puede
Fernando que ya en tu busca...

FERN. Voy á reunir mi gente,
y si buscan al bandido,
¡ah! de aquel que á verlo llegue.
(Vase puerta derecha.)

ESCENA VI.

VENTERA, AURORA, *á poco* FELIX, *foro derecha.*

VENT. Aurora, tengo que hablarte.

AUR. Empieza pronto, y sé breve.

VENT. Rugiero intenta...

AUR. ¡Silencio!

FELIX. Dios os guarde.

VENT. Con él llegue.

FELIX. Podrán encontrar posada
en este zaguan, dos huéspedes
que á Granada van de paso
á visitar á sus reyes?
Que son nobles os prevengo,
aunque amables y corteses,
y quieren ser bien servidos!

VENT. Pues cuando gusten, que lleguen,
que aunque es humilde mi casa

para que nobles se hospeden,
en cuanto crucen la puerta
á su servicio me tienen.

FELIX. Cuentan que en estas montañas
mil bandidos se guarecen.
Por si conoceis á alguno
y cerca de aquí le viese,
decidle que tenga en cuenta
por si lo cree conveniente,
que con los dos caminantes
escolta lucida viene... (*Reparando en Aurora.*)
(Estraña beldad!) Tu rostro
que eres gitana me advierte.

AUR. Y os advierte la verdad.
Soy de las tribus de Oriente.

FÉLIX. Pasarias por Princesa
si á tu rostro se atendiese.

AUR. Quién sabe si lo seré.

FÉLIX. ¿De alto linaje desciendes?

AUR. Mi madre fué reina un dia.

FÉLIX. ¿En el nuevo mundo? (*Con burla.*)

AUR. (*Con altivo enojo.*) Cese.
No os burleis de la gitana
con frases poco corteses,
porque es fácil que algun dia
vuestra indiscrecion os pese.

FÉLIX. Orgullosa es la gitana.

AUR. Razon para serlo tiene.

ESCENA VII

DICHOS, DON IÑIGO, ELVIRA, CRIADOS.

(*Un criado sáca en las manos un cofrecillo que deja sobre la mesa. Los criados se retiran á una seña de don Iñigo. Foro derecha.*)

IÑIGO. No puedo mas, capitan,
los años que encima llevo
me rinden de tal manera
que caminar mas no puedo.
(*Reconociendo la habitacion.*)
Mas, ó me engaña la vista
y son falsos mis recuerdos,
ó en la venta nos hallamos
del rey moro!

FÉLIX. No mintieron
los ojos y la memoria.

IÑIGO. He cruzado veces ciento,
ora á pié, luego á caballo,

estos torcidos senderos
que eran entonces dominio
de foragidos sin cuento,
y de esta venta, decian,
que les daba abrigo el techo.

ELV. ¡Huyamos de aquí, señor!

FÉLIX. Doña Elvira, no hayais miedo,
que aunque es verdad que en el monte
se guarecen bandoleros,
el rey ha mandado tropas
venir en su seguimiento
que de aquí los ha espantado.

IÑIGO. Juro por Dios que me alegro;
mas las gentes de la casa
nos dirán lo que hay de cierto.
Oye, muchacha. (*Dirigiéndose á Aurora.*)

AUR. Señor...

IÑIGO. (Es de belleza un portento.) (*Ap.*)
¿Habitas tú en esta casa?

AUR. Yo habito en valles y cerros;
en esta casa, mi madre
fué reina; ¡mas murió! Luego
vinieron aquí otras gentes
que acogerme no quisieron.

ELV. ¡Y quedaste abandonada
sin hogar y sin consuelo!

AUR. Los súbditos de mi madre
hacerme reina quisieron
al huir de aqueste sitio;
mas yo no quise los restos
abandonar, y escondida
de la montaña en lo espeso,
evité que los gitanos
pudieran lograr su intento.

IÑIGO. Una perla es la gitana.

ELV. De escucharla me embeleso. (*Pasando á su lado.*)
¡Debe ser triste tu vida!
Si no te cansa mi ruego,
díme ¿en qué pasas las horas?

AUR. Con placer os obedezco,
que al veros tan cariñosa
solo agradaros deseo.
En derredor de la fosa
en que á mi madre pusieron,
he plantado flores bellas
que poco á poco creciendo
han convertido en jardin
lo que fuera un cementerio,
y allí de hinojos le pido
á Dios su descanso eterno.

ELV. Quisiera ver esas flores
si el jardin no se halla lejos.
AUR. A diez pasos de esa puerta. (*La derecha.*)
Venid, pues, que yo os ofrezco
un bonito ramillete
que tendreis como recuerdo.
ELV. Padre mio, permitís...
IÑIGO. Siempre á tu gusto me avengo.
Id con ellas, capitan;
ya que yo hacerlo no puedo,
y no echeis de la memoria
que aquí está esperando un viejo.
(*Vanse por la puerta derecha los tres. La ventera por la de la izquierda, y á una seña de don Iñigo los criados, foro derecha.*)

ESCENA VIII.

DON IÑIGO, *despues* RUGIERO, *y á poco* FERNANDO; *el primero foro izquierda, y el segundo foro derecha.*

IÑIGO. Me ha conmovido en verdad
de esa jóven la inocencia.
Hé aquí un ser abandonado,
sin instruccion ni experiencia,
que á mas de un noble sesudo
pondria la faz vermeja.
Porque aquí murió su madre,
aquí fija su vivienda.
¡Pocos hijos hay así,
ni en la corte ni en la aldea!
(*Sentado junto á la mesa queda pensativo, sin reparar, por el pronto, en Rugiero.*)
RUG. Esta es la ocasion mejor,
procuremos...
IÑIGO. ¿Quién se acerca?
RUG. Perdonad, buen caballero,
que llegue á vuestra presencia...
IÑIGO. ¡Tiene cara de bandido! (*Llamanda.*)
¡Ola, escuderos!
RUG. Simpleza
es que llameis los criados
cuando aquí nadie os molesta;
tanto mas, cuanto por pronto
que llegaran, tarde fuera... (*Enseñando la daga.*)
IÑIGO. Si robar es tu intencion,
toma este cofre que encierra (*Se lo presenta.*)
en perlas, oro y diamantes,
mas que tu ambicion desea!
(*Rugiero lo toma con avaricia.*)

Repártelo entre la gente
que infame capitaneas
evitándonos...

RUG. Calmáos.
El capitan está fuera,
mas yo que soy su teniente
vengo á haceros confidencia
esplicando el mejor medio...

FERN. ¿De que la tropa me prenda?
(*Fernando, que habrá oido los cuatro versos últimos, vá bajando poco á poco hasta colocarse entre Rugiero y don Iñigo, donde dice los primeros versos. Rugiero queda anonadado.*)
—No os altereis, por favor. (*Á don Iñigo.*)

RUG. Capitan... yo... (*Confundido.*)

FERN. Véte fuera,
y ten presente de hoy mas
que conmigo estás en deuda.

RUG. Voy á pagarte ahora mismo.
(*Saca el puñal y se arroja sobre Fernando furioso. Este le coje la accion, le quita el puñal, lo derriba en tierra, y con una rodilla en su pecho, dice: el* «Infame muerde la tierra.»)

FERN. ¡Infame! ¡muerde la tierra! (*Pausa.*)
Con tu propio acero, ahora
darte la muerte pudiera,
Mas no merece tu sangre
que yo me manche con ella.
(*Tira el puñal, le da la mano y lo levanta.*)

IÑIGO. Tal nobleza no comprendo.

FERN. ¡Ese cofrecillo entrega
á ese anciano, y vé á ocultarte
á donde yo no te vea!
(*Pasa Rugiero por delante. Deja el cofrecillo en la mesa, y al marchar por el fondo dice su verso aparte.*)

RUG. (La humillacion que he sufrido
pagarás con tu cabeza.) (*Ap.*)

ESCENA IX.

DON IÑIGO, FERNANDO.

IÑIGO. (*Pausa.*) Absorto me habeis dejado,
y permitid que me asombre
ver que perdonais al hombre
que de tal manera ha obrado.
No comprende mi razon
tal nobleza en un bandido.

FERN. Es que yo siempre he tenido

como castigo el perdon.
Si al delincuente matais,
allí concluye su afrenta,
y siempre tiene mas cuenta
si con vida le dejais,
ver su amargo desconsuelo.

IÑIGO. Y si persiste traidor...

FERN. Entonces, será mejor
dejar que lo juzgue el cielo.

IÑIGO. Con cordura habeis hablado
y me dejais convencido.

FERN. No piensa como bandido
el que solo es desgraciado.
¡Si decir pudiera en calma
el dolor que oculto llevo!...

IÑIGO. (Las frases de este mancebo
se van clavando en mi alma.)

FERN. Perdonad este quejido
que lanza mi inspiracion,
y conceded proteccion
al que á pedirla ha venido.
No intento con frases vanas
interesar vuestra mente
engañando torpemente
esas respetables canas.

IÑIGO. Hablad pronto y sin temor
que á fuer de soldado viejo
daros podré un buen consejo
y tras este, mi favor.

FERN. Vivo eludiendo una ley
que limita mi existencia
pues que á morir me sentencia
invocando á nuestro Rey.
Sin delito, mi nobleza
os lo jura por mi labio,
de esa ley en desagravio
hoy pregonan mi cabeza,
y pues tan terrible saña
yo no puedo combatir,
quiero un indulto y partir
con los tercios que de España
van á Argel, y en la jornada
contra la gente agarena,
pueda sofocar mi pena
con la gloria de mi espada.

IÑIGO. Para marchar cual guerrero
contra el fiero mahometano,
no ha de haber en vuestra mano
ni tampoco en vuestro acero,
nube que pueda empañar

el rayo que ardiente brilla
de la gloria que Castilla
supo en lides conquistar.

FERN. ¡A espada que al cinto pende,
de hombre de limpia conciencia,
no deshonra la sentencia
de un tribunal que se vende!

IÑIGO. ¿Vuestro padre, su poder
no interpuso por libraros?

FERN. Yo no puedo señalaros
á quien he debido el ser.
Mi madre un dia en mi oido
frases llegó á murmurar
que desde entonces, llorar
me hacen un padre perdido.

IÑIGO. Tu indulto voy á pedir,
ya mas no quiero saber.
Al rey mañana he de ver
y lo habré de conseguir.

FERN. Págueos el cielo señor
la proteccion que me dais.

IÑIGO. Yo haré que pronto vayais
á dó encontreis vuestro honor.

ESCENA X.

DICHOS, AURORA, ELVIRA, DON FÉLIX *por la puerta derecha; la* VENTERA, *puerta izquierda.*

FÉLIX. ¡El bandido aquí! ¡Daos preso!

AUR. ¡No, por Dios!

IÑIGO. Capitan, calma,
que tal vez os engañeis.
Volved al cinto la espada.
Viendo que es escaso el número
de las gentes que nos guardan
á acompañarnos se ofrece
hasta llegar á Granada.

VENT. En este cuarto, señor,
os esperan limpias camas
y humilde mesa, servida
con mas humildes viandas.

IÑIGO. Vamos á verlo, hija mia.
(*Llamándola.—A don Félix.*)
Id á disponer la marcha:
cuando todo esté dispuesto,
venid, que la mesa aguarda.

FÉLIX. Obedecido sereis. (*Se vá, foro derecha.*)

ELV. Que no me olvides, gitana. (*A Aurora.*)

AUR. Conservad bien mi recuerdo.
(Por el ramo que saca Elvira.)
ELV. Y tú esta sortija guarda. *(Dándosela.)*
(Me cautiva su inocencia.) *(Ap.)*
IÑIGO. (Una perla es la muchacha.)
(Vánse Elvira y don Iñigo, puerta izquierda.)

ESCENA XI.

VENTERA, FERNANDO, AURORA.

AUR. ¡Fernando!
FERN. ¡Aurora!
VENT. Silencio
y atended á mis palabras,
Rugiero os vende á los dos:
una sorpresa prepara
para robar á ese noble
su dinero y sus alhajas;
cuando lo haya conseguido
con la partida se marcha
diciendo antes á la tropa
que por hallarte se afana,
el lugar donde te encuentras
para saciar su venganza.
FERN. Basta; yo sabré impedirlo
y salvaré al que me ampara.
AUR. Yo guardo en piedras preciosas
un tesoro de importancia
que en mis manos puso un dia
la conciencia de un monarca.
En él se envuelve un secreto
que ha de darme honor y fama.
¡Por tu vida lo daré!
FERN. Aquese tesoro guarda
que hoy me defiende mi brazo
de cobardes asechanzas.
¡Ven conmigo, Aurora mia!
VENT. ¡Está ardiendo la montaña! *(Saliendo foro derecha.)*
le han pegado fuego al monte.
AUR. ¡Sálvate, Fernando!
FERN. ¡Basta!
(Vanse los tres puerta derecha.)

ESCENA XII.

RUGIERO, BANDIDOS, *con gran precaucion, foro izquierda.*

RUG. Por fin, ya llegó la hora
de que mio el mando sea

de la partida, muchachos
mano pronta y fina oreja.
Para que no nos estorben
mientras dure la faena
obremos con precaucion.
Cerremos todas las puertas, (*Cierran.*)
con sigilo, con cuidado.
Ahora atended; cuando nuestras
las joyas y el oro veamos
que en el cofre el viejo lleva,
yo me encargo de decir
á las tropas que nos cercan
donde hallarán á Fernando,
que irá á ocultarse á la cueva,
y entonces... ¡Chito ocultarse
que aquí los viajeros llegan.
(*Se ocultan detrás de los bancos.*)

ESCENA XIII.

DICHOS *ocultos y* DON IÑIGO, ELVIRA, *puerta izquierda.*

IÑIGO. Esta estancia me sofoca.
Aquí espero al capitan
y que nos sirvan la mesa
en esta entrada.

ELV. Sí.

RUG. (*Y bandidos apareciendo.*) ¡Atrás!
Si ahora no me entrega
el oro que su afan
recata de mis manos,
al punto morirán.

IÑIGO. Infames bandoleros
á mí venid...

ELV. ¡Piedad!

IÑIGO. Que el filo de mi espada
mi vida guardará.

RUG. ¡Que muera!

BAND. 1. Nos insulta.

RUG. Ya no hay que vacilar.
Que paguen con sus vidas.
Todos á él.

FERN. (*Por la ventana que hay sobre la puerta.*)
¡Atrás!

(*En el momento que todos van á lanzarse sobre don Iñigo y Elvira, aparece Fernando por la ventana por cuyo hueco se divisan las llamas del incendio del monte.*)

ESCENA XIV.

DICHOS, FERNANDO.

FERN. (*Bajando de la ventana y colocándose en el centro del cuadro, los bandidos á la derecha. Iñigo y Elvira á la izquierda.*)
Si hay alguno que se atreva.
mis mandatos resistir.
que levante mi cuchillo (*Lo arroja.*)
y á luchar se apreste aquí.
(*Viendo la inmovilidad de los bandidos.*)
Sois cobardes, no hay ninguno:
despejad pronto de aquí
que enrojece mi semblante
vuestra infame accion ruin.
(*Va á abrir la puerta y entra la Ventera y Aurora.*)

ESCENA XV.

DICHOS, VENTERA, AURORA, *criados de don Iñigo, á poco* FELIX, *un* CAPITAN *y* SOLDADOS *asaltando las ventanas.*

VENT. Casi al dintel de la puerta
se encuentran ya los soldados,
(*A los bandidos que retroceden.*)
De aquí no podeis salir,
pues vais á dar en sus manos.
RUG. Rayos del cielo!!
BAND. 1. ¿Qué hacemos?
AUR. (*Ap á Fernando.* Por tí no temas, Fernando,
yo sé una oculta salida
que podrá libres sacarnos:
mi madre me la enseñó,
conduce al monte.
IÑIGO. } ELV. } Salvaos. (*A Fernando.*)
BAND. 1. ¿Moriremos sin vengarnos?
Rugiero aquí nos condujo.
RUG. (*Espantado.*) ¿Que dices?
BANDIDOS. ¡Muera!
IÑIGO. (*Dominando.*) ¡Insensatos!
(*Don Félix saliendo por la puerta que se rompe, con un capitan, y al mismo tiempo soldados por todas las puertas y ventanas. Gran incendio en el monte.*)
FÉLIX. Ríndanse todos al rey.

AUR. Ven conmigo. (*A Fernando.*)

FERN. ¡Aurora!

AUR. ¡Huyamos!

(*Levantan una trampa que hay detrás del grupo de Iñigo, Elvira, criados y la Ventera y salen por allí.*)

FELIX. (*Al capitan.*) Apresad á esos bandidos.

RUG. Moriré, pero vengado. (*Al capitan.*)
Detrás de esa gente oculto
está el capitan.

CAP. Soldados,
prendedle al punto.

VENT. Es perdido.

IÑIGO. Pobre mozo.

ELV. ¡Ah!

(*Se precipitan los soldados y Rugiero deshacen el grupo.*)

RUG. (*Con desesperacion.*) Se ha escapado.

ACTO TERCERO

Una gran plaza en Granada. A la derecha en primer término, la puerta de una taberna, con mesa, bancos, jarros, etc. A la izquierda tambien en primer término la fachada de una casa de buena apariencia, con gran puerta. Al fondo, derecha é izquierda varias calles que todas afluyen á la plaza.

ESCENA PRIMERA.

TELLO, MUJERES *y* HOMBRES *del pueblo*, NIÑOS *y* SOLDADOS.

PUEBLO. ¡Viva!
SOLD. 1. Sí, que viva Tello.
TELLO. Muchas gracias, buenas gentes,
acepto de vuestros gritos
la simpatía patente,
y sabré recompensaros
cuando el monarca me premie.
SOLD. 1. Entonces pronto será
porque el Rey, que es justo siempre,
ofreció dos mil escudos
al hombre osado, que fuese
capaz de librar al reino
del bandolero insolente
que fué terror de la sierra;
y como le has muerto...
MUJ. ¡Puede!
SOLD. ¡Vaya! que lo diga él mismo.
TODOS. Sí, sí.
TELLO. ¿No sabeis, zoquetes,
que si el que hizo las hazañas
las cuenta, su gloria pierde?
MUJ. Vaya, dinos de que modo

te has convertido en valiente
tan de pronto, cuando antes
te daban miedo los duendes.

TELLO. Es que hay casos en la vida...
y luego... cosas... ¿comprendes?
Porque los hombres... son hombres,
como vosotras, mujeres.
Esto os esplica bien claro
y ninguna duda tiene,
que yo fuera el que mató,
y el otro el que se... ¿Tú entiendes?

HOM. 1. Pero cuéntanos el caso.

MUJ. ¡Sí, sí, chicas, que lo cuente!

SOLD. 1. Todos lo oiremos gustosos.

SOLD. 2. No lo dilateis.

TODOS. ¡Que empiece!

TELLO. Puesto que están los oidos
ya de mis labios pendientes,
voy á referir el caso
por alto sin pequeñeces. (*Pausa.*)
Ya sabeis que yo, de guia
iba sirviéndole al jefe
de la tropa. Ya en la sierra,
se distribuyó la gente
dándoles órden, que al punto
que las cornetas se oyesen
le pegaran fuego al monte.
Aquí principió el julepe:
¡que correr y que sudar!...
—Allí hay un hombre.—Prendedle.
—Responda, ¿quién es?—¡Al punto!
—Pronto, si morir no quiere.
—¿Dónde se hallan los bandidos?
—Yo no los he visto.—Miente.
—Si no pegais fuego al monte
encontrarlos no se puede.
—Corneta, dá la señal.
—Y ya el humo nos envuelve,
y ya nos queman las llamas,
y ya no hay donde meterse.
—Allá abajo hay una casa.
—Registrarla nos conviene:
marchemos pronto. ¡Preparen!
—Y salimos cual cohetes
con direccion á la casa.
Casi al tocar sus paredes
vimos que salia de ella
un gran peloton de gente.
Yo entonces desesperado
cogí á un soldado un mosquete,

y preparando la mecha
quise matar quince ó veinte.
Uno de ellos nos enseña
un pañuelo blanco.—¡Tente!
me dijo á mí el capitan:
—¿no ves que hablarnos pretenden?
—Y en efecto, se acercaron
y dijo uno de ellos:—viene
toda la banda á entregarse,
y si indulto nos ofrecen
os diremos, comandante,
donde se halla nuestro jefe.
—Se os concederá el indulto.
—Pues en la venta penetren
que en ella se halla el bandido.
—Que estos hombres presos queden
hasta ver si nos engañan.
Ahora, al asalto valientes;
vamos á tomar la casa
y ¡ay! de aquel que atrás se quede.
—Se dió en efecto el asalto,
pero todo inútilmente;
el bandido se escapó
sin que ninguno lo viese.
Un centinela nos grita.
—¡Que se escapa! ¡allá vá! ¡vedle!
—Salimos todos corriendo,
pero yo delante siempre,
le ví luchar con las llamas.
Al cabo logró meterse,
en union de una muchacha,
en una cueva, que tiene
por defensa una cascada,
entonces esperé prudente,
que me alcanzara la tropa;
mas al llegar, como viese
que aquel ladron intentaba
escapar furtivamente
le hice puntería al cráneo,
y al disparar, sin que viese
por donde le entró la bala,
fué rodando á la corriente,
por la cual le ví arrastrado
poco á poco, hasta perderse,
y aquí termina la historia.
(He mentido mas que siete.)

HOM. 1. Queremos recompensarte
tal cual tu accion lo merece.

MUJ. 2. Llevémoslo en procesion.
(Lo coge entre varios y lo suben en una mesa, y

cogiéndola los hombres se lo llevan como marca el diálogo.)

TELLO. Mirad que voy á caerme.

SOLD. Muchachos, que viva Tello.

TODOS. Sí, sí; que viva el valiente.
(Se van todos por la derecha.)

ESCENA II.

DICHOS, *y* DON ALONSO *por la izquierda arriba despues del pregon.*

PREG. *(Dentro.)* Pueblo de Granada: el Rey, nuestro señor, que Dios guarde, te hace saber para tu tranquilidad, que el famoso bandido de la Sierra, cercado ayer por los soldados que pusieron fuego al monte y estrechado por las llamas, se refugió al borde de la gran cascada, en cuyo sitio le sorprendió la bala de un mosquete disparado por el guia de las tropas, cayendo despues á las aguas del torrente, en cuyo cauce halló su sepultura. Toda su partida de viles foragidos se encuentra á disposicion de los tribunales. Pueblo de Granada, ¡viva el Rey!

PUEBLO. ¡Viva!
(Sale D. Alonso momentos antes de acabar el pregon.)

ALON. ¿Porqué el corazon cobarde,
se comprime en el momento
que realizó la esperanza
que soñaba mi deseo?
¿Porqué sufre el pecho mio
al duro remordimiento,
si al fin logro lo que ansiaba
al ver á Fernando muerto?
Al venir ese hombre al mundo,
llegó en mi deshonra envuelto,
y á manera que él crecia,
mi deshonor fué creciendo.
Ya no pudiendo sufrir
mi ofuscado pensamiento
ni presente sus miradas
ni distante su recuerdo,
le dejé solo y sin guia
negándole mis consejos,
y buscando una ocasion
propicia para perderlo...
y hoy que la alcanzo, despierta
mi conciencia el ser supremo,
y me grita... Tú el infame

has sido, que no teniendo
valor para desistir
de tu enamorado empeño,
obligaste á ser tu esposa
á la que dió juramentos
á otro hombre, y abrigaba
de aquel amor en su seno
señales, que tu deshonra
te han hecho ver con el tiempo!
Es verdad; mas yo el cobarde;
yo el infame, tengo miedo
de que descubran las gentes
mi vergonzoso secreto.
No tengo fuerzas, Señor;
é impotente me confieso
para luchar con el mundo.
¡Perdon os pide mi acento!
mas pues el mundo me empuja
á las puertas del infierno,
hasta ellas he de llegar
orgulloso y altanero,
antes que decir mi infamia,
antes que mostrarme reo.
(Queda junto á la casa.)

ESCENA III.

ALONSO, AURORA *y* **UN HOMBRE DEL PUEBLO**, *por la derecha.*

HOM. De la casa que buscamos
esa, gitana, es la puerta.
¿Quieres que llegue?
AUR. No, gracias,
marcha, y guarda esas monedas.
(Dándole dinero.)
HOM. (Gitana y tan desprendida,
no me huele á cosa buena.) *(Se marcha.)*
(Aurora se dirige á la puerta donde está don Alonso, que habiendo oido las palabras anteriores se adelanta y detiene á Aurora.)
ALON. Si á mi casa vais, me importa
saber qué buscais en ella.
AUR. ¿Acaso sois don Alonso?
ALON. Antes que conteste á vuestras
preguntas, dejad que inquiera
quien sois y que pretendeis.
AUR. El tiempo rápido vuela
para nunca mas volver;
no hagais que el tiempo se pierda,

pues cada instante que pasa
una esperanza se lleva.
Si don Alonso os llamais:
si sois padre del que pena
por rigores de una ley
que á la muerte le sentencia,
á vos os vengo buscando
para que á palacio venga
en mi compañía, á pedir
el indulto de su...

ALON. ¡Cesa!
¡pues qué! ¡Fernando no ha muerto!

AUR. ¡Cómo, si vivo yo!

ALON. ¿Presa
no fué de las turbias aguas
cuando herido en la cabeza
ayer fué rodando al cauce
del barranco de la sierra?

AUR. No está herido, no.

ALON. ¡Concluye!

AUR. Viendo la muerte tan cerca,
veloz se arrojó á las aguas
antes que herirle pudieran.

ALON. Y ¿dónde se encuentra ahora?

AUR. Tal vez de nosotros cerca.

ALON. ¡Hay que delatarlo al punto!

AUR. ¿Qué decís?

ALON. Sí.

Quien tal piensa
es su padre? ¡Justo Dios
¡qué monstruo la corte encierra!

ALON. Yo soy quien perderlo quiere.

AUR. ¡Pues yo quien salvarlo intenta!

ALON. ¡Ay de Fernando y de tí,
si logro dar con sus huellas!

AUR. Ay de vos, si el cielo justo
tanta infamia toma en cuenta!

ALON. ¡Voy á buscar á la tropa!

AUR. ¡Yo á pedir al Rey audiencia!

ALON. Yo haré que la ley se cumpla.

AUR. ¡Yo haré brillar su inocencia!

(*Vanse los dos; él por la derecha y ella por la izquierda.*)

ESCENA IV.

FERNANDO.

Ya su manto la noche
tiende tranquila,

y sus sombras protegen
mi triste vida,
Bien hayas luna,
cuyo brillo disipa
mis amarguras.
Mas ay del que sin calma
se ausentará
y el rostro de su madre
no verá más.
Yo sin ventura
hoy triste te saludo
pálida luna.
Ya tu lumbre sombría
solo hoy podrá
las pláticas de amores
iluminar,
que con su madre
tenia en este sitio
un hijo amante.
Porqué, Dios infinito,
hoy me separas
de la madre que adora
ciega mi alma?
¿Porqué á este triste
con pesares acerbos
constante afliges?
Señor, pues de mi dicha
hoy me separas,
para sufrir, al pecho
dale constancia;
y que no ceda
mi espíritu, vencido
por tanta pena.
(*Llega á la puerta de la casa de la izquierda, dá tres palmadas, se abre la puerta, y aparece doña Mercedes.*)

ESCENA V.

DICHO, DOÑA MERCEDES.

MERC. Fernando. (*En la misma puerta de la casa.*)
FERN. Madre querida.
MERC. Ven, que en mis brazos te vea,
y así podré convencerme
de que mi mente no sueña.
Cuando muerto te creia
mis ojos te miran.
FERN. Cerca
tuve la muerte de mí,

mas quiso mi buena estrella
que me arrollaran las aguas
en su corriente revuelta
hasta que libre me ví
de los que me persiguieran.
MERC. ¡Desventurado hijo mio!
FERN. Mas sin la ayuda de aquella
que por mí ha velado, nunca
madre, mis ojos te vieran.
Aurora guió mis pasos;
por Aurora vivo, y ella
á buscar viene mi indulto
al Rey, pidiendo clemencia.
Ella, que vivió dichosa,
como la garza en la selva,
hoy abandona sus dichas
por salvarme de las fieras
asechanzas que me tienden
los que mi muerte desean.
MERC. Y abrigas tú la esperanza
de que logre lo que anhela?
FERN. No hay esperanza ninguna,
se cumplirá mi sentencia.
Que ascendiente ha de tener
la gitana de la Sierra
sobre el Rey Carlos primero
para lograr, si pidiera.
MERC. ¿Qué han pronunciado tus labios?
¿Es gitana la que reina
en tu corazon altivo?
FERN. Pero con el alma llena
de candor y de ternura,
de valor y de nobleza.
Acaso por ser gitana
no puede tener ideas
mas nobles que las de aquel
que es vuestro esposo, y desea
que sin tener yo delito
ante el verdugo me vea?
MERC. Calla, Fernando, por Dios.
FERN. Madre, que me ausente es fuerza;
buscándome están sin duda
y aquí arriesgo mi cabeza.
Ya no veré en vuestros ojos
que vierten preciosas perlas,
los rayos del amor puro
en que el alma se embelesa;
ni vendré mas por las noches
á depositar mis penas
en vuestro seno amoroso.

MERC. ¡Fernando, mi alma te llevas!
FERN. ¡Adios, madre idolatrada!
vuestro hijo el alma os deja.
(*Momento de silencio.*)

ESCENA VI.

DICHOS, DON ALONSO *que sale con un* SOLDADO, *al reparar en el grupo que forman* FERNANDO *y* MERCEDES, *junto á la puerta de su casa izquierda,* ALONSO *habla al* SOLDADO, *y le hace seña de que marche, lo que hace con precipitacion el* SOLDADO. *A poco sale* AURORA, *por la izquierda, después* PUEBLO, SOLDADOS MUGERES, *mas tarde el* REY *seguido y precedido de* GUARDIAS *y* PAGES *con antorchas.* FERNANDO *se desprende de los brazos de su madre, y al ir á marchar* ALONSO *le cierra el paso.*

ALON. Detenga el paso el bandido
MERC. ¡Don Alonso!
FERN. ¡Vive el cielo!
Siempre mi paso atajais
y á mi pesar os respeto.
ALON. Por hallarte me afanaba
y ya en mis manos te tengo.
(*Sale Aurora, y se coloca entre Fernando y Alonso.*)
AUR. ¡Oh! Fernando, te has perdido
y aqueste hombre funesto
quien te delata!
MERC. ¡Huye pronto!
FERN. ¿Que huya decís?
ALON. Vano intento.
Está la plaza cercada
é inútil será tu esfuerzo.
FERN. Accion tan baja y villana
solo inspirara desprecio
si no debiera vengarme
colocado en tal extremo.
Defended pues vuestra vida.
Sacad el infame acero.
MERC. Enfrena tu justa saña,
oye de tu madre el ruego.
ALON. Termine ya esta tortura.
(*Poniendo mano á la espada.*)
Los jueces te hallarán muerto.
AUR. Antes que á él llegue la espada
(*Aproximándose á don Alonso.*)
atravesareis mi pecho.
ALON. Retiraos.

FERN. Pronto, en guardia.
MERC. ¡Fernando!
AUR. ¡Infame! (*A Alonso.*)
ALC. (*Segundo de soldados.*) Daos preso.
(*Desde este momento va saliendo pueblo etc., etc.*)
TELLO. Viva el Rey.
PUEBLO. ¡Viva!
ALC. Callaos.
ALON. Basta de treguas, prendedlo.
(*Cogiendo á Fernando por un brazo y dirigiéndose al alcalde.*)
FERN. ¡Apartad, ó vive Dios!
(*Al separar á don Alonso le dá con la mano en la cara.*)
TODOS. ¡Oh!
MERC. ¡Desgraciado! (*Al ver la accion.*)
ALC. ¿Qué has hecho? (*Á Fernando.*)
No es bastante el ser bandido
què añades á tu proceso
nuevos delitos?
TELLO. ¡Caramba,
que ha resucitado el muerto! (*Vase corriendo.*)
ALON. ¿Y aun libre alienta el que osado
la mano en mi rostro ha puesto?
ALC. Aprisionadle, soldados.
FERN. ¡Ay, del que llegue el primero!
Mi espada, solo al monarca
he de entregarla, pues creo
que vuestras manos villanas
manchan los limpios aceros
por infames.
ALC. ¡Muera!
TODOS. ¡Muera!
UGIER. ¡Paso al Rey! (*Dommando el cuadro.*)
TODOS. (*Descubriéndose.*) ¡El Rey!
ALC. (*Deteniendo á Alonso que quiere irse.*)
Teneos.
(*El Rey con su acompañamiento se ha presentado en la escena al decir Fernando el verso: Mi espada solo al monarca, etc.*)
REY. Al pasar oí tu voz
y pude entender tus frases.
Digistes que solo al Rey
puede tu espada entregarse.
Yo soy el Rey, tu palabra
cumple, si es noble tu sangre.
FERN. (*Cayendo de rodillas y tendiendo la espada.*)
¡A vuestras plantas está!
REY. Pues que temes que la manchen
las manos de mis soldados,

bueno será que la guardes
y la lleves á palacio
antes que la noche pase.
¿Irás á llevarla?

FERN. (*Despues de una pausa.*) Sí.

REY. A tu palabra no faltes.
(*A! pueblo.*) Para que en estos mis reinos
estas contiendas acaben,
yo he de administrar justicia
y condenaré al culpable.
La ley, es ley para todos
que ante el código no hay clases.
Ireis todos á palacio
mañana al morir la tarde.
¿Irás?

FERN. Mi palabra os doy.

ALC. ¡Viva el Rey!

REY. Que Dios os guarde.
(*Un bajo murmullo en todos los que llenan la escena. Telon rápido.*)

ACTO CUARTO

El teatro presenta una parte del patio de los Leones en la Alhámbra de Granada. Al fondo grandes columnas formando tres ó cuatro arcos, que estarán cubiertos con inmensos cortinajes que se han de descorrer á su tiempo dejando ver al público todo el mencionado patio con la fuente de los Leones brotando agua por todas partes. Puertas á derecha é izquierda. La segunda de la derecha la entrada de la calle, en escena á la izquierda una mesa con tapete blasonado, y un sillon lo mismo. La accion del acto empieza á las cinco de la tarde y termina á las ocho de la noche.

ESCENA PRIMERA.

REY, *sentado.* JUECES.

JUEC. Los miembros del Tribunal (*De rodillas.*)
que llamasteis á consulta
acatando el real mandato
á su monarca saludan.
REY. Levantad, que á la justicia
no conviene esa postura.
JUEC. La ley se humilla al monarca.
REY. La ley no se humilla nunca;
y para que nadie tuerza
su vara recta y robusta
el Rey le sirve de apoyo.
Al tomar la investidura,
este es su deber primero
y ¡ay de aquel que no lo cumpla!
(*Se levantan los jueces.—Pausa.*)
Hoy, servidores leales
que habeis dado, me aseguran,
cediendo á viles amaños,
á un hombre, sentencia injusta.
JUEZ. Señor; jura el tribunal...
REY. Contestad á mis preguntas.

¿A don Fernando de Lara,
de que crímen se le acusa?

JUEZ. De haber dado muerte á un hombre.

REY. ¿De qué modo?

JUEZ. En la llanura
que á la orilla hay del Genil
con un noble tuvo lucha.
Un labrador que los vió,
es el que nos asegura
que iban los dos á caballo
y se batieron con furia.
Pero á los pocos momentos
don Fernando volvió grupas
dejando allí á su adversario.
Al sitio acudió la curia;
se dió sentencia al traidor
y al cadáver sepultura.

REY. ¿Pero el traidor quien fué allí?

JUEZ. ¡El matador!

REY. Una injuria
semejante no merece
el que lidió con fortuna.
Si á caballo ambos lucharon
y hubo un testigo, es injusta
la sentencia que habeis dado,
y la razon lo asegura.
Cuando por vengar agravios
dos hombres la espada cruzan,
y se baten frente á frente
ante el sol que los alumbra;
pues la ley permite el duelo,
la ley á ninguno juzga;
mas yo sabré castigar
á los jueces que así abusan
de la justicia. ¡Ola! ¡Guardias!
(*Sale un capitan y dos soldados.*)
Poned en prision oscura
á esos hombres, insensatos,
que convierten, por incuria,
en vil bandido á un valiente.

JUEZ. Señor... (*Inclinándose.*)

REY. Escusad las súplicas.
(*Se llevan á los jueces.*)
(*Solo.*) Enferma á fé la justicia
en estos mis reinos anda,
mas yo seré su doctor
y juro que he de sanarla.

UGIER. Cumpliendo el régio mandato,
vuestras órdenes aguarda
junto á la puerta un anciano

que don Alonso se llama.
REY. Hacerle pasar al punto. (*Vase el ugier.*)
Que Dios dicte mis palabras.

ESCENA II.

EL REY, DON ALONSO.

REY. Acércate, don Alonso;
ya impaciente te aguardaba.
ALON. A vuestra alteza, perdon
le pido por mi tardanza,
mas la urgencia no sabia.
REY. Bien, don Alonso, levanta.
Esperar es la mision
del que hoy habita este alcázar.
(Yo espero, espero gozoso
y si cumplo mi esperanza
harto premio lograré
imperando en Alemania.) (*Pausa.*)
ALON. (Temo que asomen al rostro
los colores de mi infamia,
y pido á Dios que no sea
el mio espejo del alma.)
REY. Solo estás en mi presencia,
si justicia quieres, habla
que impaciente espera el Rey
el eco de tus palabras. (*Pausa.*)
Mas ese tu hondo silencio
juro por Dios que me estraña.
Vienes á pedir justicia...
ALON. Yo no vengo á pedir nada.
En nombre de vuestra alteza
dijeron me presentara
en palacio, y aquí vengo
para saber que me manda. (*Pausa.*)
REY. Cuenta mi pueblo, que ayer
en público, en una plaza,
un hombre, no sé por qué,
puso su mano en tu cara.
¿Es esto verdad?
ALON. Las llamas
que me coloran, dirian
que mentia, si negara.
REY. El que tal insulto te hizo
que es un bandido declaran.
¿Es cierto tambien?
ALON. Lo afirma
todo el dueblo de Granada.
REY. Al que en asesino empieza,

y luego á robar se lanza
y en el rostro de un anciano,
con su mano imprime infamia,
de castigar sus delitos.
pronto el verdugo se encarga.
¿No es esto así, don Alonso?

ALON. Así se juzga en España!

REY. Luego pides el castigo
que sus crímenes señalan
por justa reparacion?

ALON. Señor, yo no pido nada.

REY. ¿Acaso quieres su indulto?
¿Es aquesta tu demanda?

ALON. Señor, indultos no pide,
ni castigo, el que se calla.

REY. Vive Dios que no comprendo
esa tu conducta extraña
y ya de tanto silencio
mi regia bondad se cansa.
El que tu rostro marcó,
el que te cubrió de infamia
imprimiendo en tu mejilla
un borron que te difama
es hijo tuyo! (*Movimiento en Alonso.*)
Lo sé
y cuando pensé, tus lágrimas
tener que enjugar al verte
penetrar en esta estancia;
lágrimas que se vertieran
implorando la real gracia,
observo que ni una súplica
ante mí tu pecho lanza,
y cual si fueras de bronce
profundo silencio guardas.
Aquí se oculta un misterio.

ALON. Señor, os suplico...

REY. ¡Basta!
Con mi justicia te brindo
y mi justicia rechazas...

ALON. Señor, si me dais licencia...

REY. Dios te guie.

ALON. (*Queriendo besarle la mano.*)
Alteza...

REY. (*Rechazándolo.*) Marcha.

ESCENA III.

REY.

En congeturas mi mente

se pierde, sobre este arcano,
y por mas que en él medito
ninguna solucion le hallo.
Que injusta fué la sentencia
dictada contra Fernando,
no cabe duda ninguna,
pues frente á frente lucharon.
Si despues se hizo bandido,
fué inmediato resultado
del abuso de justicia:
hasta aquí, todo está claro:
mas no explica mi razon
como infame alzó su mano
contra aquel que le dió el ser.
No hay castigo señalado
á tan punible delito;
no pudo preveer el sabio
rey don Alónso, que hubiera
hombre capaz de intentarlo...
ni yo tampoco lo creo.
El silencio de ese anciano
me indica que aquí hay misterios
y debe el rey aclararlos;
si es poca su inteligencia,
Dios dirigirá sus pasos.

ESCENA IV.

EL REY, UN UGIER, *á poco* AURORA, *el ugier se retira.*

UGIER. Una gitana, señor,
espera con ansiedad
que permiso le otorgueis
para poderos hablar.
En llanto viene bañada,
la angustia tiñe su faz,
con su dolor nos conmueve,
y quiere...

REY. Hazla pasar.
Las manos del rey son paños
que su llanto enjugarán.
Desde el gitano al magnate,
los que hoy en mi reino están
todos son hijos del rey,
y siempre debe velar
todo padre, por el hijo
que en mayor desgracia está.

AUR. (*Saliendo.*) Señor...

REY. Acércate á mí
y explícame tu deseo

que dispuesto estoy á oirte.
(Es singular el efecto
que su vista me produce!
El corazon en el pecho
late rápido y convulso...
Quizás son presentimientos
que me vienen á anunciar
algun acontecimiento.)

AUR. Señor, mitigad mi pena,
humilde á pediros vengo
el perdon del desgraciado
que ayer os rindió su acero,
del que ayer luchó en la plaza
y acató el mandato vuestro:
del hombre que yo idolatro,
del que fué mi compañero,
del único que escuché
dulces frases de consuelo!

REY. ¿Tú conoces sus delitos?

AUR. Si le acusaron, mintieron.
Si él dió muerte á Castellar,
fué su vida defendiendo.

REY. Despues ha sido ladron.

AUR. Calumnia que yo desmiento.
Por eludir la justicia
á la selva llegó huyendo,
los ladrones intentaron
matarle, pero él mas diestro,
dejó tendido á sus piés
al jefe de bandoleros.
Desde aquel dia no hubo
ya mas robos ni saqueos;
los bandidos trabajaban
para ganar el sustento,
pues Fernando protegia
á los pobres viajeros.

REY. ¿Quién justifica tus frases?

AUR. ¡La Vírgen que me está oyendo!

REY. Si yo su voz escuchara,
no dudaria un momento
mas á mis preguntas, calla
cuanto pertenece al cielo.

AUR. Entonces, yo soy bastante,
yo que su vida defiendo,
apoyada en su inocencia;
yo que por su indulto vengo,
y no he de salir de aquí
sin que logre mi deseo.

REY. Altanera es la gitana.

AUR. Ahora exijo, ya no ruego.

REY. Y quién se atreve á exigir
ante el monarca?
AUR. Un momento
escuchad á esta gitana
y podeis quemarla luego.
REY. Provocas mi justa ira,
y á mi pesar me contengo...
Concluye pronto, y no olvides
que es el rey quien te está oyendo!
AUR. (*Despues de una pausa.*) Hay cosas en la niñez
que borrar no puede el tiempo,
porque la mano de Dios
las sella en el pensamiento.
Tres años tenia yo,
cuando una noche, el estruendo
que produjo en el espacio
el ronco bramar de un trueno,
me hizo saltar de la cuna
en que me hallaba durmiendo.
Al abrir los ojos, sola
me encontré y en el momento
en que intentó penetrar
en mi corazon el miedo,
entró mi madre: sus ojos
brotaban llanto de fuego
que surcó por mis megillas
al abrigarme en su seno,
y que enfrió cariñosa
con sus labios, con sus besos.
Muda me cogió en sus brazos
y abandonó nuestro albergo.
¡Oh! yo no puedo apreciar
las horas que transcurrieron
yo temerosa callando,
ella, llorando y corriendo.
Por fin, los rayos del sol
brillando en el firmamento
rompieron las densas nubes
que avergonzadas huyeron
y con su vista llegamos
de nuestra jornada al término.
A las puertas de un palacio
que estaban cerradas, vieron
mis ojos que allí acudia
con torva faz todo el pueblo,
que pugnaba por saber
lo que pasaba allí dentro.
Transcurrido un breve rato
se abrió la puerta de hierro
y salió un hombre á caballo

al que mil vivas le dieron.
Mi madre me alzó en sus brazos
y gritó con ronco acento
pronunciando un nombre...

REY. ¿Cuál?

AUR. Pronto acabo, estadme atento.
La oyó el hombre del caballo
y con ademan severo
la llamó: fuímos á él,
me tomó en sus brazos, luego
me llenó de mil caricias,
y despues de darme un beso
me dijo: «Toma esta bolsa
y este pergamino envuelto;
en la bolsa está tu dote;
en el rollo tu abolengo.»
Me cogió otra vez mi madre,
y el hombre con paso lento
desparecció de mi vista
tras de las puertas de hierro.
A poco tiempo pasado
un hombre con traje negro
salió al balcon; y bien claro
mis oidos percibieron
anunciar la pronta muerte
de aquel que á caballo vieron.
Francas quedaron las puertas
de la casa, y fué subiendo
toda la gente hasta ver
al que yacía en el féretro.
Mi madre se arrodilló,
y se volvió á mí, diciendo:
—«Mírale bien, hija mia,
y guárdale en tus recuerdos.»
—Salimos de aquella estancia,
y con voluntad de acero,
emprendimos el camino,
hasta llegar á esos cerros
que forman Sierra-Nevada.
Doce años pasados luego,
me llamó un dia mi madre,
y ocultas con gran misterio,
me entregó este pergamino
y aquesta bolsa de cuero.
Tu padre, murió, me dijo;
pero en su instante postrero
su nobleza te legó.
Ve á Alemania; parte luego,
y pregunta por un hombre
llamado Carlos, que presto

se ha de trasladar á España
para reinar en sus reinos;
acércate á él sin temor
porque es tu hermano, te advierto
no entregues el pergamino
que es tu reconocimiento.

REY. ¡Qué escucho! ¡Torpe patraña!

AUR. Mi labio ha sido sincero.
Hube el ser, de la Topacio
y el rey Felipe primero!!

REY. ¿Fué tu madre la gitana...?

AUR. Y mi padre lo fué el vuestro.
Leed ese pergamino,
él os dirá que no miento.
Ahora mandad que me prendan.

REY. (*Despues de leer el pergamino.*)
¡Qué ven mis ojos! El sello...

AUR. Manda disponer la hoguera.

REY. (Dadme ayuda, justos cielos!
Es mi hermana una gitana!
Oh! no, no puedo creerlo!)
—Tu has robado el pergamino
á su legítimo dueño,
lo mismo que estos diamantes.
(*Los del bolsillo.*)
Mas ya el robo descubierto
pagarás con tu cabeza.

AUR. (*Dirigiéndose al cielo.*)
¡Madre! ¡Cómo me defiendo! (*Rápido.*)

REY. (Oh, que idea, justo Dios
me inspiras, me das un medio
para saber la verdad.
Yo humilde te reverencio.)
Gitana, si cuanto has dicho
es verdad, sin perder tiempo
á decirte voy el modo
de que logres tu deseo:
Para alcanzar el perdon
que pides del bandolero,
ha de consumir las letras
de este pergamino el fuego,
y renunciando al tesoro
que en piedras hay aquí dentro;
has de encerrarte mañana
y por siempre en un convento.
Si aceptas salvas su vida,
Si niegas, júzgale muerto.
Decide pronto. ¿Qué eliges?
No desperdicieis el tiempo.

AUR. Para qué quiero esmeraldas

ni diamantes de luz llenos,
y topacios y rubíes,
perlas ni brillantes negros,
ni pergaminos que prueben
que sangre de reyes tengo.
Viva Fernando, sí, viva,
que en él mi ventura tengo,

REY. No podrás verle de hoy mas
ya del claustro en el silencio.

AUR. ¿Qué no he de volverlo á ver?

REY. Aun de elegir tienes tiempo.
(*Mucha emocion por parte de ambos.*)
rica y noble con su muerte,
en palacio tu aposento
tendrás!

AUR. No acabeis, por Dios.
Pronto: que arrojen al fuego
el pergamino; guardad
las joyas que á mi me dieron;
que me conduzcan al claustro
y que se salve mi dueño!
si no lo miran mis ojos,
lo veré en mi pensamiento,
y sabiendo yo que vive... (*Transicion.*)
que mas quiero... que mas quiero!...
(*Terminando en llanto copioso.*)

REY. Seca el llanto de tus ojos;
termine tu sufrimiento.
La sangre que hay en tus venas
es de Felipe primero.
No ya encerrada en el claustro
vivirás, yo te lo ofrezco;
tendrás el perdon que pides,
y para eterno consuelo,
de hoy mas, tu hermano te jura
hacerte dichosa.

AUR. Oh, cielos!
¿Será verdad tanta dicha?

REY. Ven á mis brazos, y en ellos
encuentre tanta virtud
y tanta nobleza, un premio.
(*La abraza.—Pausa.*)
Necesitas descansar,
penetra en ese aposento.

AUR. No olvides que un triste gime.

REY. Pronto le daré consuelo.

ESCENA V.

EL REY.

A prueba pone el destino
con mil extraños sucesos
de mi razon la cordura
y de mi alma el esfuerzo;
mas juro por mi corona,
que si me da ayuda el cielo,
con bondad y con justicia
seré Rey y caballero.

UGIER. Señor: cubierta la faz
con negro y tupido velo,
mientras revela su voz
un profundo sentimiento;
trae una dama enlutada
para el Rey, aqueste pliego,
y aguarda vuestro mandato.

REY. Nuevos dolores...
(*Abre el pliego y despues de leer algunas líneas.*)
¡Que veo!
Que espere un punto esa dama.
Veamos pronto que es esto. (*Vase el ugier.*)
(*Leyendo.*) «Señor: justicia y piedad para un »hijo y una madre. Anoche en la plaza reñia »un hombre por esquivar el fallo de una ley: »este hombre es hoy acusado de haber insul»tado á su padre. El ofensor era don Fernando »de Lara; supuesto hijo de don Alonso.»
—Supuesto!...
»Cuando la madre de don Fernando, debia »casarse con don Alonso, viéndose próxima á »ser madre del fruto de anterior pasion, reve»ló su secreto al que tenazmente pedia su »mano, el cual ciego, mas por la vanidad, que »por un verdadero amor, juró tomar por hijo »al desgraciado ser que vió la luz á los pocos »dias de haberse celebrado las bodas. Por esta »revelacion se prueba que no existe la ofensa »del hijo al padre. La justicia para sentenciar »necesita tener exacto conocimiento de los he»chos. Una madre, Señor, os hace esta con»fesion. Amparad á Fernando.»
—Oh! gracias, Dios soberano,
pues apartas las tinieblas
de aquel que á ser recto juez
encamina sus ideas.

(*A don Iñigo que sale puerta izquierda.*)
Oh, don Iñigo, venid;
cual mi espíritu se alegra.
Ya no se podrá decir
que aquí en mis reinos se alberga
hombre alguno que intentara
hacer á su padre ofensas.
(*Llama con una campanilla de la escribanía que habrá sobre la mesa y sale un ugier.*)
Que pase al punto esa dama.
Don Iñigo, aquí me espera
dando compaña á una triste
que conmigo hablar desea,
y cuando suenen las siete,
y notes que el pueblo llega
acudiendo á presenciar
la justicia que ofreciera
mi regia palabra, avisa
que aquí espero.
(*Indicando la puerta derecha.*)

IÑIGO. Vuestra Alteza
mande, que yo he de cumplir
cuanto su palabra ordena. (*Se marcha el rey.*)

ESCENA VI.

ODN IÑIGO, *á poco* DOÑA MERCEDES *y el* UGIER *que se retira en seguida.*

IÑIGO. Tan de improviso me habló,
que esplicarle mi deseo
no pude, en favor del jóven
á quien hice ofrecimiento
de solicitar su indulto.
(*Saliendo por la derecha con doña Mercedes cubierta con un velo.*)

UGIER. Desechad, señora, el miedo
y no temais que su Alteza
es de bondades modelo.
Que aquí espereis ha mandado.
(*Saluda y se vá.*)

IÑIGO. Al salir de este aposento
me ha encargado os dé compaña.

MERC. Con el alma lo agradezco,
mas perdonad si turbada.

IÑIGO. (Oh! como vibra en el pecho
de mi corazon las fibras
al escuchar ese acento.)

MERC. (Al escuchar esa voz
no sé porque me extremezco,

y acuden á mi memoria
del pasado los recuerdos.)

IÑIGO. (Las cenizas de una llama
que enfriar no pudo el tiempo
vivifican su calor
y me arrastran el recuerdo
de un pasado mas feliz...
Será posible!...)

MERC. (No acierto
á mirarle.)

IÑIGO. (Es necesario
poner á esta duda término.)
Perdonad, señora mia,
el osado atrevimiento
que me induce á preguntaros
vuestro nombre.

MERC. (Santos cielos!)

IÑIGO. Nacido habeis en Granada,
y á Córdoba fuisteis luego
llevada por vuestro padre?

MERC. Y vos sois un caballero
que por las noches y oculto,
visitabais en secreto
á una dama que os amó
desde sus años mas tiernos?

IÑIGO. Sois hija de Carvajal?

MERC. Y vos sois aquel mancebo
hijo del valiente Lara?
(Sostenerme apenas puedo!)

IÑIGO. ¡Iñigo soy!

MERC. Y yo Mercedes!

IÑIGO. Mercedes! (*Arrebatado.*)

MERC. (*Conteniéndolo con viveza.*)
Por Dios, silencio!
(*Mucha rapidez.*) que en palacio nos hallamos,
y en estos salones regios
hay mil oidos que escuchan
deshonras, que dan al viento
despues labios que derraman
deshonor, llanto y veneno.

IÑIGO. ¿Qué exiges de mi?

MERC. Que olvides
tu amor en éstos momentos,
y des amparo á tu hijo
que vá á morir indefenso!

IÑIGO. ¡A mi hijo! (*Adivinando.*)

MERC. Ese Fernando
á quien juzgan bandolero,
es nuestro hijo!

IÑIGO. ¡Dios santo!

No en vano sentia el pecho
estremecerse á su vista.
Corramos...

UGIER. (*Dentro.*) ¡Dad paso al pueblo!

MERC. Ya es tarde; ¡Dios poderoso!

IÑIGO. Si con el Rey hablar puedo
aun esperanzas abrigo.
Espera en ese aposento.

(*Mercedes se vá por la izquierda. Iñigo por la derecha en busca del Rey. Dos ugieres descorren las grandes colgaduras del fondo, dejando ver el patio de los Leones profusamente iluminado, contrastando con las aguas de la fuente. La escena se llena de damas, caballeros, soldados y hombres y mujeres del pueblo.*)

ESCENA VII.

DON ALONSO, *derecha.* FERNANDO, DON FÉLIX *y* GUARDIAS, *izquierda arriba.* UGIERES, DAMAS, CABALLEROS, SOLDADOS, PUEBLO *de ambos sexos.*

FÉLIX. Tened valor, don Fernando,
no abrigue vuestra alma el miedo,
que si culpable no sois,
el monarca es justo, y creo
que hallareis pronto la dicha
que buscais y yo os deseo.

FERN. No es perder la vida triste
que arrastro, lo que yo temo,
es la deshonra, don Félix,
la deshonra es la que temo,
porque ella puede alcanzar
á mi madre, y esta idea
atormenta mi cerebro.

FÉLIX. No os desalenteis ahora
que ya está cerca el momento
en que saldremos de dudas.

UGIER. ¡Su Alteza! (*Saliendo de la cámara.*)

OTRO UGIER. (*Acompañando á Mercedes.*)
Esperad. (*Á Mercedes.*)

FÉLIX. (*Al pueblo.*) Silencio.

ESCENA VIII.

DICHOS, EL REY, IÑIGO, AURORA, MERCEDES *y* UGIERES, *despues un* UGIER *y á poco un* MENSAGERO.

(La colocacion, á contar por la derecha, Aurora, don Iñigo, don Alonso, Fernando y don Félix algo en segundo término. El Rey y doña Mercedes.)

REY. Pueblo leal, que acudes presuroso
de tu rey contestando al llamamiento.
Ricos-hombres de límpido ascendiente
que base sois y apoyo de mi cetro:
á todos os invito á que ayudeis
á esclarecer, cual cumple á mi deseo,
si ofuscada se vé la mente mia,
del caso que nos junta aquí los hechos.
(A Fernando que está en segundo término.)
Don Fernando, mas cerca. A mis palabras
contesta sin mentidos fingimientos;
la verdad place á Dios, y él dá su ayuda
á todos los que cumplen como buenos.
Afirma, quien os vió, que al de Aguilares
dieron muerte los filos de tu acero.
Contesta. ¿Esto es verdad?

FERN. Bajo los rayos
del sol ardiente que alumbraba el duelo,
luchamos frente á frente, y sin testigos...
sucumbió el mas feliz; venció el mas diestro.

REY. Un testigo ocular, de igual manera
presente el tribunal declaró el hecho.
(Al pueblo.)
Ahora bien. Ciudadanos: contestadme.
Quien defiende su vida con esfuerzo
del que insensato le provoca altivo,
si mata en buena lid al altanero
¿merece de un infame los castigos?

PUEB. ¡Nunca!

SOLD. ¡Jamás!

REY. *(A Fernando.)* La voz del pueblo,
siempre justa se alzó, por que le inspira
la justicia de Dios, rey sabio y bueno.
Del delito primero que te acusan,
justicia popular te deja absuelto.

MERC. *(Llena de emocion acercándose á besar la mano del rey.)*
Permitid que una madre agradecida...

REY. *(Interrumpiéndola y aparte.)*
Por Iñigo he sabido tu secreto.

(*En tono de reconvencion cariñosa.*)
Arcanos que deshonran á un marido,
no se fian ni al Rey!

FERN. (*Al rey.*) La vida os debo.
Mandar podeis en mí desde este instante,
á mas de rey, como absoluto dueño.
(*Fernando pasa á la izquierda.*)

REY. Don Alonso, ercaos. Con su diestra,
ayer manchó tu rostro ese mancebo.
En códigos no se halla este delito;
castigarlo en justicia yo no puedo.
A tí, su padre, este trabajo fio:
sentencia con cordura y justiciero.
En contiendas de padres é hijos, nunca
la ley supo imponer sus altos fueros.
Castiga, como padre, tú al culpado;
impon tu voluntad, dí tu deseo.
(*Con entereza y muy bajo.*)
Ten presente, que sé que don Fernando,
del tronco, rama no es, de tus abuelos.

ALON. (*Aterrado.*)
¡Señor!... (Ya mi deshonra supo el Rey,
¡para que mas verguenza, vive el cielo!)
Como padre, perdono sus ofensas.
(Mas nunca las olvida el caballero.)

REY. Libre estás, don Fernando, y desde ahora
á mi lado estarás, porque deseo
tener brazos que esgriman las espadas,
para dar gloria y nombre al patrio suelo.
Pero dicha cumplida debe darte
el que endulzó, de tu abandono el duelo,
y voy á destinarte esposa noble,
que reyes cuenta entre sus ricos deudos.

FERN. Perdonadme, señor, si me anticipo
al mandato real. Amores tengo
con una humilde y desgraciada jóven,
gitana por su orígen; mas mi pecho
tanto la adora, que mi nombre y mano,
si vos lo permitís, yo darle intento.

REY. (*Por Aurora, haciendola pasar junto á Fernando.*)
Condesa de Atendin, dad vuestra mano
á don Fernando, el capitan de tercios,
que al lado de su rey irá al combate
en la primer campaña que arriesguemos.
(*A Mercedes.*)
Un hijo os dió el Señor, rey de los mundos,
robároslo intentaron, yo os lo vuelvo,
y una hija además con él os doy,
que juntos han de ser vuestro consuelo.
Don Iñigo; saldreis para Almería;

y en el nombre del rey Cárlos primero,
gobierna la ciudad. ¡Buen don Alonso!
Ausilios prestarán vuestros consejos
á los bravos soldados, que las costas
de Oran, van á tomar á sangre y fuego.
Con ellos partirás.
(*Muy bajo y con fuerza.*) Haced conquistas
porque allí te señalo tu destierro.

UGIER. (*Saliendo por el fondo.*)
Ha llegado á las puertas del alcázar
un ginete, Señor; diz que es correo
que trae de Franford á vuestra alteza
para poner en propia mano, pliegos
importantes.

REY. ¡Oh, Dios! Que pase al punto.
¡De Franford! ¡Santo Dios! ya mis deseos
término van á hallar, vive esperanza,
que estoy á punto de lograr mi anhelo.

MENS. (*Con pliegos.*)
Señor; de un fiel vasallo que os adora
emisario feliz, á daros vengo
de la electura de Franfort, noticias,
que revelan las letras de este pliego.
El quinto emperador del nombre, Cárlos,
proclamado sois ya, y en breve tiempo
comisiones vendrán que corroboren
lo que afirman los labios de este siervo.

REY. (*Que ha leido ya el pliego.*)
Ilustre pueblo de la leal Granada,
benigno Dios, aprueba mis desvelos,
y en pago á la sentencia que he dictado
sus mercedes me otorga y altos premios.

PUEB. ¡Viva el Emperador!

REY. No; antes que todo
demos gracias al Rey del firmamento.

FIN.

PRODUCCIONES CASTELLANAS

EN UN ACTO.

Amor con amor se paga.
Casarse por carambola.
El abrazo de Vergara.
El noveno mandamiento.
El paño de lágrimas.
El santo al cielo.
El último toque.
La esquela de muerto.
La virtud de mi mujer.
La muerte incivil.
Lucrecia Borgia.
Los bufos y el can-can.
Los informes.
Ojo alerta.
Pacubio.
Para aprender, la aficion.
Por no tener pantalones.
Por una cita.
Refugium pecatorum.
Treinta y siete cuadros.
Saldo de cuentas.
Si hablará.
Un marido de lance.
Una mala noche.
Una prueba.
Un parte telegráfico.

EN DOS ACTOS.

Amor comunista.
El capitan Carlota.
Fruta del siglo.
La última pena.

EN TRES O MAS ACTOS.

Cosas del mundo.
El angel de la Caridad.
El castillo de San Daniel.
El rosario de la aurora.
El sitio de Barcelona.
El último vástago.
El vino de Valdepeñas.
Fray Patricio ó la máscara del crímen
Hermanas del corazon.
La boda del conde Rapp.
La cavatina de la Sonámbula.
La familia de D. Luis.
La fuerza de la conciencia. (Arreglo del señor Grifell.)
La gitana de Muley-Asem.
La inquisicion de Barcelona.
La octava maravilla.
Luchas titánicas.
La Venganza. (2ª parte de D. Juan de Serrallonga.
Los mártires del pueblo.
Los siete dolores de María Santísima. (Música.)
Pobres y ricos ó la bruja de Madrid.
Rafael ó la Fornarina.
Siempre ó las mujeres de mármol.
Una herencia en Córcega.
Viriato ó el libertador de España.
Yo el rey.

ZARZUELAS

Las modistas de Madrid, 1 acto. (Letra y música.
Los brillantes de la novia, 1 acto. (Letra y música.)
María Antonieta, 1 acto. (Letra y música.)